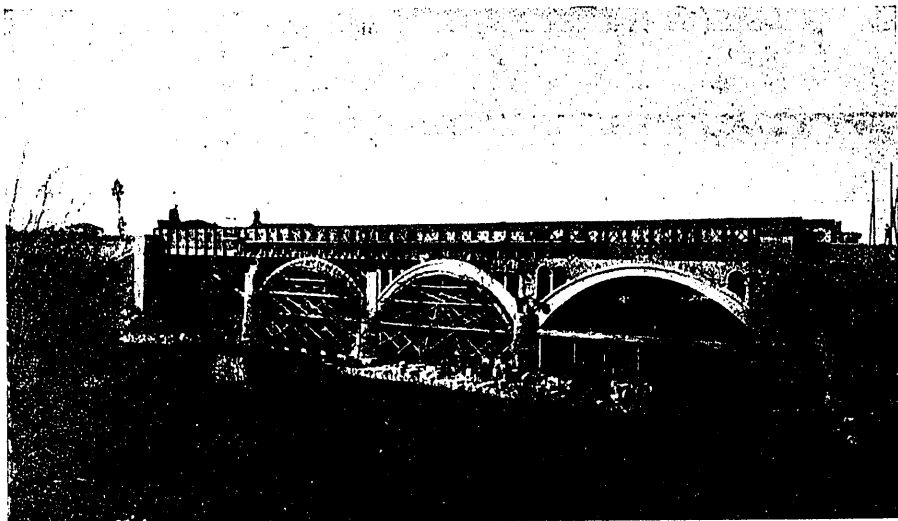


marcha de los trenes de modo inadmisibile.

Es justo consignar el buen comportamiento del personal subalterno de la Compañía, que constantemente estuvo a pie de obra, no sólo para la vigilancia de éstas, sino muy principalmente para garantizar en todo momento la seguridad de las circulaciones, y también la eficaz ayuda de los dos contratistas entre quienes se repartió la adjudicación de estos puentes: D. Antonio Mochales y la Sociedad Construcciones y Pavimentos, que en todo momento cooperaron con eficacia a la buena marcha de las obras.



Puente Miño.—"Construcción del puente nuevo debajo del tramo antiguo después de elevada la rasante"

Luis PRIETO

Ingeniero de Vía y Obras de la Compañía del Norte

El problema del paro¹

II

Decía en el artículo anterior que, a juzgar por el reciente dictamen de la Oficina Internacional del Trabajo, de Ginebra, la actual crisis económica del mundo se presentaba como la crisis de la abundancia.

Entre las causas que le asigna la Comisión figuran, en efecto, las siguientes:

Abundancia excesiva de productos agrícolas, por buenas cosechas, extensión de tierras cultivadas, disminución de venta...

Exceso de producción industrial.

Trastornos en el comercio internacional por el desarrollo de nuevos núcleos de producción.

Desconcierto producido en el mercado del trabajo por un desarrollo demasiado rápido del mecanismo y de la racionalización.

Vemos, pues, que ni se agotan las tierras ni disminuye su fertilidad: la Humanidad tiene todavía ancho campo donde extenderse; los medios para alimentarla han crecido más de prisa que lo que su multiplicación exigiera. Malthus queda en entredicho. No se cumplieron, por esta vez, las predicciones del profeta del hambre.

Pero no sólo de pan vive el hombre. Satisfechas las más perentorias exigencias de la vida material, y como preparación para alcanzar un plano de existencia más elevado, necesita también comodidades o desahogos sin los cuales es difícil pasar del *vivere* al *philosophare*. Son nuevas exigencias de orden material; pero la industria, ya lo hemos visto, puede satisfacerlas con exceso.

Y, lo que es más todavía, las necesidades de uno y otro orden no exigen, para ser cubiertas, el trabajo agotador de todos: la racionalización y el mecanismo

tienden a reducir el esfuerzo al mínimo, con la consiguiente disminución del número de obreros. Y es aquí donde está precisamente el problema; porque si éste no consistiera más que en la abundancia de productos, la solución no podía ser más sencilla: cruzarse de brazos hasta consumirlos.

La dificultad está en que los productos no están en poder del que los ha de consumir: no representan para su dueño sino un valor, que ha de cambiar por otros valores que le permitan satisfacer, al fin, sus propias necesidades, a través de una cadena de numerosos eslabones. Pero el que no tiene más valor que su propio trabajo, valor en potencia que no puede traducirse en acto, ni es, por consiguiente, cambiable por ningún producto, quedará al margen de toda participación económica, sumido en la miseria o convertido en parásito social.

Aunque más favorable, no es tampoco halagüeña la situación del que tiene productos que cambiar: los obstáculos que dificultan el cambio no son menos numerosos. La Comisión cita los siguientes:

Falta de elasticidad del poder de compra efectivo, expresado en moneda y en crédito, lo que algunos enlazan con las cantidades de oro disponibles en el mundo.

Falta de confianza por distribución inadecuada del oro, imperfecta circulación de los capitales y restricción de los créditos.

Depreciación de la plata, que reduce el poder de compra de los países que mantienen este patrón monetario.

En algunos países, coste de producción elevado, por las condiciones físicas, geográficas u otras.

Trastornos en el comercio por las trabas impuestas a los cambios internacionales y por las deudas políticas.

Obstáculos opuestos a los movimientos demográficos.

¹ Véase el número anterior, página 97.

ficos y a las posibilidades de explotación de los recursos del globo.

Todas estas dificultades podrían clasificarse en tres grandes grupos: dificultades de orden general, de orden nacional y de orden internacional.

Estos dos últimos órdenes de dificultades son en realidad correlativos o aspectos distintos de una sola y única dificultad, que nace de la competencia industrial. Mientras la industria se desarrollaba en pequeños talleres atentos principalmente al consumo local, la competencia no tenía otro efecto que moderar los precios y mantener estímulos que se traducían en la aparición de productos selectos, los cuales, al servir de modelos, provocaban una mejora progresiva, aunque, por lo general, lenta, de los métodos y procedimientos de fabricación. El continuo adelanto no excluía una cierta estabilidad, que preservaba al mercado de crisis demasiado agudas.

Sólo en circunstancias excepcionales, por la existencia o abundancia de primeras materias relativamente raras, por la facilidad de determinados procesos de transformación o por habilidades profesionales tradicionalmente conservadas en la población obrera, habían llegado a establecerse y conservarse en localidades privilegiadas algunas industrias que, rebasando el mercado comarcano, exportaban sus productos aún más allá de los límites nacionales. Ni aun esta exportación solía ser directa: era una actividad distinta de la industrial, el comercio, quien recibía los artículos manufacturados para repartirlos por el mundo entero, si a tanto llegaba su crédito.

Tratábase, por lo general, en estos casos de productos caros, de artículos de lujo y que, como tales, debían una gran parte de su prestigio a su elevado precio y a sus dificultades de adquisición; y en esto encontraban también relativa defensa contra los vaivenes de la moda, más bien impuesta que servida desde el centro industrial, mediante variantes accidentales en la forma o presentación del producto, que vinieran a satisfacer este afán de singularidad o de cambio de los círculos de la elegancia.

Igual carácter presentaba entonces también la producción agrícola: sujeción a las necesidades locales y escaso o nulo poder de expansión comercial, salvo para ciertos productos exquisitos, que sólo estaban al alcance de los privilegiados de la fortuna.

Había aquí, sin embargo, motivos especiales de fluctuación y de inestabilidad económica provenientes de las variabilidades meteorológicas, que influencia tan decisiva ejercen sobre la cosecha, y esta inseguridad se reflejaba también sobre la industria, especialmente sobre la industria local, que veía bruscamente disminuido su mercado, casi en su totalidad formado por labradores empobrecidos.

La adaptación y la variedad de los cultivos, el concurso de la ganadería, las reservas prudentemente acumuladas y hasta la misma organización de la propiedad, de la que formaban parte integrante núcleos de mayor resistencia constituídos por los grandes terratenientes seculares o eclesiásticos, a cuya preeminente posición social iban ligados deberes tutelares que la justificaban, eran causas todas que contribuían a atenuar las crisis, y cuando, a pesar de todo, ésta se presentaba con especial gravedad, el suceso se juzgaba superior a las fuerzas humanas y se admitía con la resignación con que se acepta lo irremediable.

Los grandes descubrimientos científicos que seña-

lan el principio de la Edad Moderna, y los progresos técnicos, que han sido su consecuencia, vinieron a cambiar radicalmente este estado de cosas, aunque de momento quedaran subsistentes formas sociales cuyo fundamento empezaba a desvirtuarse y que no habían de tardar en aparecer como anacrónicas.

Iniciáronse entonces las tendencias que se manifestaron al fin en la gran corriente de opinión que dió origen al individualismo económico. Desaparecieron numerosas restricciones, se ensancharon los mercados; a medida que se perfeccionaban los medios de transporte, la agricultura pudo encontrar compensaciones en los años de abundancia que la indemnizaran de las malas cosechas, las cuales dejaron de significar ya el hambre inevitable; la industria empezó a centralizarse, sobre todo para los artículos ordinarios y de más general consumo, y el comercio alcanzó un desarrollo insospechado, convirtiéndose en el verdadero árbitro de la producción industrial y también, en gran parte, de la agrícola.

La mayor extensión de los mercados dió lugar a nuevas diferenciaciones. Especiales circunstancias, y entre ellas la abundancia del hierro y del carbón, las facilidades para el comercio marítimo, las posesiones coloniales extensas favorecían el establecimiento y desarrollo de la gran industria, y a ellas debió Inglaterra su predominio en esta esfera, a lo que cooperó igualmente su situación insular, que la dejaba al margen de las luchas continentales, en las que una sagaz política buscó siempre intervenciones oportunas al servicio de su interés nacional.

Y como la teoría acude siempre a explicar y a justificar las realidades prácticas, sobre todo cuando busca en ella su consagración el interés dominante, se llegó a encontrar perfectamente natural, y hasta cierto punto necesaria, una división de las naciones en industriales y agrícolas, según el carácter general de su producción.

Al mismo tiempo, los grandes descubrimientos geográficos habían llamado a la vida civilizada y a la explotación económica extensos territorios, de población escasa, pero susceptibles de una gran producción agrícola y ganadera, que no necesitaban para su consumo, lo que los distinguía de las antiguas poblaciones agrarias, y permite constituir con ellos una tercera clase, que, a falta de mejor denominación, podemos designar con el nombre de países coloniales.

Las antiguas poblaciones encontraron así amenazada su industria de inmediata reducción o de total ruina, y su misma producción agrícola tenía que luchar con la competencia de la de los países nuevos, que contaban con tierras fértiles y casi gratuitas, que no había por qué cultivar intensamente, porque su extensión y las fuerzas naturales suplían al trabajo, que no podía suministrar una mano de obra deficiente.

Una compensación de estas amenazas era la mayor facilidad de exportación de sus productos selectos, que podían cambiar con ventaja por productos industriales; pero la competencia agrícola era más grave, porque afectaba a una parte más numerosa de población, y obligó desde luego a medidas protectoras, que hubo también que poner en práctica para salvar del naufragio a las industrias más importantes o mejor adaptadas.

Tales medidas se consideraban, sin embargo, como transitorio expediente que permitiera el ajuste de las actividades económicas nacionales con las nuevas

condiciones del mundo, el cual había de encontrar, al fin, el máximo de riqueza y bienestar bajo el régimen definitivo de un librecambio absoluto.

No tardó en reconocerse que la transición había de ser larga y difícil y que había de recaer en beneficio, si no exclusivo, por lo menos preponderante, de la nación industrial, que, alimentada por los países coloniales y dueña de los mercados de los países agrícolas, crecía sin cesar en riqueza, en población y en poder.

Mientras España contaba ya en 1768 con 9 300 000 habitantes, Inglaterra, con el país de Gales, no alcanzaba en 1801 más que a 8 892 536. Y en 1911 llegaba a 36 070 492, cuando España tenía apenas 20 000 000 (19 950 817, según el censo de 1910).

Se vino a comprender que la supremacía industrial y comercial era la base de la supremacía política; y las naciones tendieron a asegurar su independencia económica, desarrollando sus industrias al amparo de los derechos protectores, que cada vez adquirían un mayor carácter de permanencia.

Contribuía a ello la mayor extensión de la educación técnica, que desvinculaba la producción industrial de límites geográficos demasiado estrechos y algo artificiales. La industria alemana llegó pronto a ser rival terrible de la industria inglesa. Los Estados Unidos, aprovechando la extensión considerable de su mercado interior y los cuantiosos recursos naturales encerrados dentro de sus fronteras, siguieron el mismo camino, amparándose de un sistema protector que aquellas circunstancias hacían más fácil mantener. Los demás países se aprestaban a imitar el ejemplo. La guerra sobrevino y ayudó a su vez al desarrollo industrial de los neutrales.

La paz encontró todas estas circunstancias agravadas. Se ha pretendido atribuir las a la conmoción económica producida por la gran catástrofe; pero quizá ésta fué más efecto que causa de una evolución irresistible. Sin la pujante industria alemana, tal vez no se erigiera Inglaterra en defensora de la Libertad y del Derecho.

No se trata, pues, de causas transitorias ni de perturbaciones accidentales: es la consecuencia de un régimen. Las antiguas teorías no habían dejado de admitir la hipótesis, pero le habían dado la misma solución simplista que aplicaban a todos los problemas económicos. Si las condiciones geográficas y los recursos naturales eran más favorables en unos países que en otros, ¿por qué empeñarse en vivir en los países menos favorecidos? ¿Por qué cultivar tierras estériles, explotar minas pobres o redoblar el trabajo para producir lo que se puede lograr con menor esfuerzo? Toda producción que no puede mantenerse dentro del nivel general de precios es artificial y debe desaparecer; la emigración debe ser el recurso de los desocupados, y cuando la población del mundo se haya distribuido en el planeta obedeciendo a las leyes impuestas por la misma Naturaleza, se habrá conseguido el máximo bienestar posible para todos.

Este cándido optimismo, que se obstinaba en no

ver sino halagadores términos finales proyectados sobre un futuro incierto, cerraba los ojos para no contemplar las luchas y los sufrimientos que se interponían antes de alcanzarlos; como si el hombre fuera rígido mecanismo en el que pudieran compensarse exactamente éxitos y fracasos, sin más que tener en cuenta sus respectivas magnitudes; como si nada significara el tiempo que pasa, la vida que se acaba, la ilusión que se desvanece. Pretendiendo ser individualista, no tomaba en cuenta más que las masas y, con la vista fija en los vencedores, no le preocupaba que se alzarán sobre millares de víctimas.

Pero todavía las masas que consideraba eran masas anónimas, inorgánicas, sin más nexo que el comprar y el vender, sin más ocupación ni más anhelo que producir para vivir y vivir para producir. Ante esa suprema ley, nada significaban las realidades nacionales, producto artificial de la ambición y de la ignorancia, que debían ceder el puesto a un cosmopolitismo ilustrado y liberal, inspirado en las verdaderas leyes de la Naturaleza, que habían quedado oscurecidas e inoperantes durante cuarenta siglos de historia.

Pero la Naturaleza no consiente que se hable mucho tiempo en su nombre, y la realidad acaba siempre por imponerse a la teoría, que pretende suplantarla. Y como las naciones no eran puros entes de razón, tenían que reaccionar al ver atacados sus intereses vitales. Mantuvieron las corrientes emigratorias, que obedecían a razones históricas y políticas, tanto como económicas; nutrieron de los excesos de natalidad que no podían asimilar las economías nacionales; pero resistieron los movimientos más extensos que hubieran podido redistribuir la población del planeta.

Pobláronse de este modo los países coloniales, sin que disminuyera la población de Europa, donde, con la sola excepción de Irlanda, el número de habitantes ha ido en constante progreso durante el último siglo; pero cuando esos países nuevos alcanzaron densidad suficiente, llegó a desarrollarse también en ellos una poderosa conciencia nacional, que les llevó a reglamentar y aun a rechazar las mismas oleadas inmigratorias, a las que en gran parte debieron su engrandecimiento y su prosperidad.

Lejos de caminar hacia una economía cosmopolita, las reservas y los exclusivismos se acentúan: hasta Inglaterra, cuna y fortaleza del librecambio, vuelve los ojos hacia el proteccionismo; las competencias comerciales latén en el desencadenamiento de la guerra; la paz ve aparecer nuevos y exaltados nacionalismos que tienden hacia un fraccionamiento económico cada vez mayor.

Simple reacción o avasalladora corriente, tal es el estado actual del mundo; pero hemos hablado bastante de las dificultades de orden nacional e internacional. Hora es ya de tratar de otras dificultades: será materia del próximo artículo.